



NAOMI KLEIN

LA

BATALLA

POR EL

PARAÍSO

**PUERTO RICO Y EL
CAPITALISMO DEL DESASTRE**

PAIDÓS

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

NOTA PRELIMINAR

PREFACIO

UN OASIS SOLAR

LA INVASIÓN DE LOS PUERTOPIANS

UNA ISLA QUE ESTÁ HARTA DE LA EXPERIMENTACIÓN
FORÁNEA

«BIENVENIDA A LA TIERRA MÁGICA»

LA DOCTRINA DEL SHOCK TRAS SHOCK, TRAS SHOCK
PÉRDIDA DE ESPERANZA, DISTRACCIÓN, DESESPERA-
CIÓN Y DESAPARICIÓN

LA CONVERGENCIA DE LAS ISLAS DE LA SOBERANÍA

UNA CARRERA CONTRA RELOJ

AGRADECIMIENTOS

THE INTERCEPT

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Entre los escombros del huracán María, los puertorriqueños y los «Puertopians» multimillonarios están atrapados en una batalla campal para decidir cómo reconstruir la isla. En esta vital y asombrosa investigación, Naomi Klein revela cómo las fuerzas de las políticas del shock y del capitalismo del desastre buscan minar la visión radical y resiliente de una recuperación justa.

Naomi Klein

La batalla por el paraíso

Puerto Rico y el capitalismo del
desastre

Traducción de Teresa Córdova Rodríguez

PAIDÓS Estado y Sociedad

Todas las regalías obtenidas por la venta de este libro irán directamente a JunteGente, un espacio de encuentro entre organizaciones de resistencia al capitalismo del desastre que luchan por una recuperación justa y sostenible de Puerto Rico. Para más información visite <juntegente.org>.

PREFACIO

A pocas semanas del paso del huracán María por Puerto Rico, lxs miembrxs de PAREs —un colectivo de profesorxs creado en defensa de la educación pública como un bien común a inicios de la huelga estudiantil de la Universidad de Puerto Rico en 2017— se reunieron para discutir cómo enfrentar de forma solidaria la devastación del país y de la universidad, así como el recrudescimiento de las políticas neoliberales que ya se avecinaban.

Sabíamos que el verdadero desastre no era el huracán, sino la terrible vulnerabilidad en la que nos han dejado las décadas de relación colonial con Estados Unidos, la imposición de políticas de privatización de la salud y otros servicios, los despidos masivos, el cierre de escuelas, los recortes en derechos sociales y en inversión para el bienestar colectivo, el abandono de la infraestructura física y social y los altos niveles de corrupción e ineptitud gubernamental. La imposición de una Junta de Control Fiscal para pagarles a los bonistas una deuda de 73.000 millones de dólares —que a todas luces es impagable, ilegal e ilegítima— mediante la privatización de la electricidad y las escuelas, el aumento en los costos de servicios básicos, los recortes masivos en la educación pública, las pensiones, los días de vacaciones y otros derechos, incrementaba esta vulnerabili-

dad, dejando a la gran mayoría de la gente en Puerto Rico sin un futuro esperanzador; y todo esto fue antes de que el huracán María llegara a nuestras costas.

En PAREs decidimos hacer una serie de foros sobre los desastres con el fin de generar debates públicos y pensar formas colectivas de resistencia y de crear alternativas a estos desastres. Invitamos como primera ponente a Naomi Klein por su trabajo sobre la «doctrina del *shock*» y el «capitalismo del desastre». Nuestro objetivo era visibilizar la aplicación del capitalismo del desastre en Puerto Rico y sus problemas, promover alternativas justas y ecológicas a estas políticas y fortalecer la defensa del proyecto de educación pública como un bien común. Queríamos, además, denunciar el uso del huracán para promover las políticas neoliberales —popularmente rechazadas— que atentan contra el bienestar de nuestro país y en especial de sus habitantes más vulnerables. Son políticas que limitarán el acceso a los recursos básicos como el agua, la electricidad y la vivienda, y que destruyen nuestro medio ambiente, nuestra salud, nuestra democracia, nuestra calidad de vida y nuestra estabilidad económica, mientras incrementan la transferencia de riqueza a los que ya son ricos.

Naomi aceptó muy solidariamente nuestra invitación y en enero de 2018 nos acompañó durante una semana intensa, que incluyó un foro en el Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico con más de mil quinientos asistentes y una cobertura amplia en los medios. También realizamos viajes de investigación sobre los temas de la deuda y las políticas de privatización, la soberanía energética y la soberanía alimentaria. Su visita terminó con un encuentro de alrededor de sesenta organizaciones de resistencia, un evento que se ha repetido en varias ocasiones desde entonces y que dio lugar a la creación de la alianza JunteGente, con miras a aunar esfuerzos en la lucha por el

futuro de Puerto Rico. Su visita ayudó a proyectar reflexiones sobre cómo construir un «contra *shock*» desde la sociedad civil organizada en resistencia que logre impulsar a escala nacional alternativas al neoliberalismo.

Este libro, producto de esa intensa investigación y de esas conversaciones, muestra claramente la coyuntura histórica en la que se encuentra Puerto Rico. Al interconectar las historias de las luchas por la agroecología, la democracia energética y la educación pública y las luchas contra los ultrarricos que quieren comprar barato nuestro país, Naomi pone de manifiesto de forma aguda y cautivadora la esencia de la batalla que se está librando entre visiones totalmente opuestas: la utopía (para nosotros distópica) de un Puerto Rico que es un *resort* para los ricos, y la utopía de un Puerto Rico equitativo, democrático y sostenible para todxs sus habitantes. Al mismo tiempo, Naomi ha logrado atender las complejidades históricas de este momento vinculando las luchas actuales con una larga trayectoria de experimentos coloniales y neoliberales. El libro es, por tanto, lectura obligada para cualquiera que quiera entender la crisis por la que atraviesa Puerto Rico y lo que se juega en ella, que no es nada menos que la supervivencia de los habitantes de nuestro hermoso archipiélago caribeño.

FEDERICO CINTRÓN MOSCOSO

GUSTAVO GARCÍA LÓPEZ

MARIOLGA REYES CRUZ

JUAN CARLOS RIVERA RAMOS

BERNAT TORT ORTIZ

Profesorxs Autoconvocadxs
en Resistencia Solidaria (PAREs)

Abril, 2018

UN OASIS SOLAR

Al igual que a todo Puerto Rico, el huracán María sumió al pequeño pueblo montañoso de Adjuntas en la penumbra total. Cuando los habitantes salieron de sus hogares para evaluar la magnitud de los daños, se encontraron no solo sin energía eléctrica ni agua, sino también totalmente aislados del resto de la isla. Todas las calles estaban obstruidas, ya fuera por montañas de lodo que se habían deslizado desde los picos adyacentes o por ramas y árboles caídos. Sin embargo, en medio de esta devastación existía un lugar luminoso.

Cerca de la plaza pública resplandecía una luz a través de cada una de las ventanas de una gran casa colonial pintada de rosa. Relucía como un faro en medio de la tenebrosa oscuridad.

Esa casa rosa era Casa Pueblo, un centro comunitario y ecológico con profundas raíces en esa parte de la isla. Hace veinte años sus fundadores, una familia de científicos e ingenieros, instalaron paneles solares en el tejado del centro,

algo que en aquel momento parecía una excentricidad *hippy*. De alguna manera, esos paneles (que se actualizaban con el transcurso de los años) sobrevivieron a los vientos huracanados del María, así como a los objetos que cayeron sobre ellos. Ello supuso que, a lo largo de kilómetros y kilómetros, dentro del mar de oscuridad que sucedió a la tormenta, Casa Pueblo era el único lugar que tenía energía estable.

Y, como polillas a una llama, la gente de todas las montañas próximas se abrió camino hacia esa luz cálida y acogedora.

Esa casa rosa, que ya era un centro comunitario antes de la tormenta, se convirtió rápidamente en el centro de mando para los esfuerzos autogestionados de socorro. Pasarían semanas antes de que la Agencia Federal para el Manejo de Emergencias o cualquier otra agencia llegara con ayuda significativa, por lo que las personas fueron masivamente a Casa Pueblo en busca de alimentos, agua, toldos y sierras eléctricas, así como para abastecerse de la preciada fuente de energía para recargar sus aparatos electrónicos. Incluso, lo que es más crucial aún, Casa Pueblo se convirtió en una especie de hospital de campaña improvisado. Sus cuartos ventilados se llenaron de personas mayores que necesitaban conectar sus máquinas de oxígeno.

Gracias también a esos paneles solares, la estación de radio de Casa Pueblo pudo continuar transmitiendo, convirtiéndose así en la única fuente de información de la comunidad cuando los cables de transmisión eléctrica y las torres de telecomunicaciones caídos habían cortado todo lo demás. Veinte años después de que se instalaran esos paneles solares en el techo, ya no parecían un capricho. De hecho, parecían la mejor posibilidad de supervivencia en un futuro que seguramente traerá consigo más *shocks* climáticos de la magnitud del María.

Visitar Casa Pueblo en un viaje reciente a Puerto Rico fue algo así como una experiencia vertiginosa; fue un poco como adentrarme por un portal a otra dimensión, a un Puerto Rico paralelo en donde todo funcionaba y el ánimo desbordaba de optimismo.

Esto fue particularmente chocante porque había pasado gran parte del día en la costa sur, que está grandemente industrializada, conversando con algunas personas que habían sufrido los impactos más crueles del huracán María. No solo se habían inundado sus barrios ubicados en zonas bajo el nivel del mar, sino que también temían que la tormenta hubiera dispersado los materiales tóxicos de las centrales eléctricas que queman combustibles fósiles, así como de los campos de experimentación agrícola, y no tenían esperanzas de que se pudiera comprobar. Como agravante — y a pesar de vivir en las cercanías de dos de las centrales eléctricas más grandes de la isla—, muchos de ellos todavía no tenían servicio eléctrico.

La situación se percibía como persistentemente desoladora y aún más con el calor asfixiante. Pero después de conducir montaña arriba y de llegar a Casa Pueblo, los ánimos cambiaron al instante. Nos recibieron unas puertas abiertas de par en par, así como el café orgánico recién colado proveniente de la propia hacienda del centro, que es gestionada por la comunidad. Arriba, un aguacero purificador martillaba sobre los preciados paneles solares.

Arturo Massol Deyá, un biólogo barbudo que preside la junta de directores de Casa Pueblo, me llevó en un pequeño recorrido por las instalaciones: la estación de radio, un cine solar que instauraron después de la tormenta, un mariposario, una tienda de productos artesanos locales y su increíblemente popular marca de café. También me guio a lo largo de las fotografías enmarcadas en la pared: masas de personas que protestaban por las minas a cielo abierto (una

batalla ardua que Casa Pueblo ayudó a ganar); imágenes de su bosque escuela, en el que brindan educación en los exteriores; y escenas de una protesta en Washington D.C. contra un gasoducto propuesto que atravesaría esas montañas (otra victoria). El centro comunitario era un híbrido extraño de albergue ecoturista y célula revolucionaria.

Mientras se acomodaba en un sillón de madera, Massol Deyá contaba cómo el huracán María había cambiado su percepción de lo que es posible en la isla. Explicó que durante muchos años había abogado por que el archipiélago obtuviera mucha más cantidad de energía de fuentes renovables. Había advertido durante mucho tiempo de los riesgos asociados a la sobrecogedora dependencia de Puerto Rico del combustible fósil importado y de la generación centralizada de energía. Una gran tormenta, había vaticinado, podía tumbar toda la red, especialmente después de décadas de despidos de trabajadores expertos y de falta de mantenimiento.

Ahora, todas las personas cuyos hogares estaban a oscuras entendieron esos riesgos, justo del mismo modo como el pueblo completo de Adjuntas podía ver una Casa Pueblo bien iluminada y comprender las ventajas de la energía solar que se produce en el lugar mismo donde se consume. Como planteó Massol Deyá: «Nuestra calidad de vida era buena antes porque funcionábamos con energía solar. Y, después del huracán, nuestra calidad de vida es buena también. [...] Este fue un oasis de energía para la comunidad».

Es difícil imaginar un sistema eléctrico más vulnerable a los *shocks* amplificadas por el cambio climático que el de Puerto Rico. Un impactante 98 % de su electricidad proviene de combustibles fósiles. Sin embargo, como no tiene ninguna fuente de petróleo, gas o carbón, todos esos combustibles se importan por barco. Luego se transportan por